

NAVARRO VILLOSLADA, FRANCISCO (1818-1895)

LUCHANA

*A mi madre
Doña María del Pilar Navarro
Villoslada, de Navarro.*

ÍNDICE:

CANTO I
Los carlistas

CANTO II
Bilbao

CANTO III
Espartero

Este es el poema que a principios del año 37 se complacía V en escuchar de los labios de su hijo, conforme de su rudo ingenio iba brotando. Mi corazón entonces hervía de entusiasmo; porque yo también, como los héroes de mi canto, combatía en Navarra por la Libertad, y el estruendo de los combates nos ensordece a otro grito que no sea el de la gloria. Creación del momento, obra de circunstancias, debió publicarse en aquel tiempo a juicio de uno de nuestros más acreditados literatos; pero la voz franca y sencilla de mi conciencia condenaba tanto apresuramiento, y mucho más en este poema concebido en los primeros albores de la juventud. Circunstancias a la verdad no muy poéticas me precisan hoy a desoírla, y felizmente para mí, tal vez se haya renovado la oportunidad de su publicación.

Quizá sea este el único mérito que tenga; pero de todas maneras estoy seguro de que sus ojos de V, madre mía, lo verán con gusto, con entusiasmo, con lágrimas ¡Fuérame dado verlas derramar en su agitado seno! Mas ya que por ahora la suerte nos separa sea este papel el testimonio del cariño, respeto y gratitud de su hijo.

Madrid 10 de noviembre de 1840.

Francisco.

CANTO I

Los Carlistas

Canto el asedio de Bilbao, y canto
Del salvador ejército la hazaña.
Vierte a mis labios pródigo tu encanto,
Genio sublime y tutelar de España;
Vierte, y el mundo escuchará mi trompa
Retumbando en las márgenes de Ibero,
Y el magnífico triunfo de Espartero
Del habla hispana con la regia pompa.

Dime: ¿por qué la reina de Cantabria,
Como la estrella del amor graciosa
Con macilento duelo
Oscureció su faz esplendorosa?
¿Cómo su rico y floreciente suelo
Tornaron ¡oh dolor! sangre y cenizas
Con destructora planta, infandas lizas?
Del cándido regazo de su manto
Al eco del cañón temblando huyeron,
Los oídos tapándose de espanto,
La risa y el placer, enmudecieron;
¡Y sus dolientes ojos
Hambre pálida ven, llanto, amargura,
Do se mecía plácida la hartura!

¡Cual mi pecho destroza
El ardiente clamor desesperado
De viudez y horfandad! ¿Y un hombre goza
Tranquilo horriblemente, sordo, helado
Cual verdugo feroz en el suplicio;
Y tanta sangre con serenos ojos
Mira, y tantos depojos
De su loca ambición en sacrificio?
El monstruo impune alienta
Tras de máscara infame en sus horrores,
Para saciarse ¡oh patria! en tus dolores.
Tus ayes son su música armoniosa,
Su arrullo de los libres el sollozo;
Míralo allí que en insolente gozo
Tiende a Bilbao la vista codiciosa.

Con sus áulicos viles encerrado

En anchurosa estancia,
Sonríe con estúpida jactancia
Al oír de su ejército acampado
Los bélicos murmullos impacientes,
Y el porvenir risueño
Que el arrogante Eguía le asegura...
«¡Domador de Bilbao, de España dueño,
Hollando la cerviz con planta dura
De la vencida Libertad!... ¡Oh gloria!
¿Quién ataja el torrente de mis triunfos?
¡Cuán mísera y mezquina
No será de Bilbao la fácil ruina,
Si no borro del mundo su memoria!»
Cual tigre que saciado
En sangre hirviente, rompe y despedaza
Por juguete su presa palpitante;
Tal parece embriagado
En su ilusión feroz y delirante.

¿Y el adalid rebelde, que en su mengua
Hizo empuñar la fúlgida cuchilla
A la invicta Bilbao; con mucha lengua
Verá turbar el plácido reposo
De la Imponente Villa?
¿No teme ver el lauro venturoso,
A su anhelante esfuerzo denegado,
En otra altiva frente colocado?
¿Cómo sufrir tan vergonzosa afrenta?
De afectos mil su pecho combatido
Es un volcán terrífico, encendido;
Y en estas voces trémulo revienta:

«Si no basta la sangre derramada
Ante los muros de Bilbao, si el cielo
Manda tercera vez cubrir el suelo
De leales cadáveres, corramos:
Si así le place que Bilbao sucumba,
Volemos; sólo anhelo
Caer el primero en la insaciable tumba.

«Mas ¡ay, Señor, si con pavor se ostenta
Libre tras tanta libación sangrienta!
Si levanta sus muros arruinados,
En nuestra sangre estéril amasados,
Con insana altivez; y ufana ríe
Al escuchar la voz bronca y profunda

De las sombras que vagan
Por las orillas que el Nervión fecunda.

«¡Ay Dios! ¡Si el Infortunio
En ellas mora, y ciegos inmolamos
Más víctimas preciosas en el ara
De Numen tan voraz! ¿Cómo de junio
Tan súbito olvidamos
La espantosa catástrofe; el caudillo,
Del trono escudo, y vengador cuchillo
Que a la espantada Libertad hundiera?
En su sangre teñida
Mira la arena de Begoña: escucha:
Pirene gime aún; despavorida
A su hijo llama y nadie le responde:
Vuelve a llamar, y calla; y afligida,
En el pecho infeliz la frente esconde.

«Orillas del Nervión sólo resuenan
Los ayes clamorosos
De malogrados héroes: furiosos
Contra el fuerte torreón los vi estrellarse,
Así cual huracán desenfrenado;
Y del muro arrojarse,
¡Desventurada suerte!
En los hambrientos brazos de la muerte.

«Señor, abandonemos
Un campo tan fatal, y en nuestro daño,
La voz no escucharemos
Del amargo y tardío desengaño.
Tercera vez los ecos penetrantes,
Del infortunio en las veloces alas
Al Norte llegarán: tu augusto nombre
Despreciarán vencido amigos reyes,
Cuando triunfante ahora les asombre:
Vacilará tu trono y el impío
Clamará con placer: '¡El triunfo es mío!'

«Nunca, gran Rey En tu defensa vela
El ojo del Señor, y su mirada
El camino del triunfo me revela.
¿Toda España es Bilbao? No, la Victoria
Lejos de aquí nos llama;
Y sobre ella cerniéndose la Fama
Laureles vierte, inmarcesible gloria.»

Dijo, y adusto ceño
Al semblante del Príncipe aparece,
Y su ardiente ilusión fugaz se apaga;
Cual blando y dulce ensueño
De juegos infantiles desvanece
Un recuerdo sombrío, que la llaga
Del alma toca y áspero estremece.

Llena un silencio sepulcral el ámbito
Del tenebroso y lúgubre aposento.
El déspota del Miño, confundido
Por su odioso rival, mueve los labios,
Y los cierra al momento,
Al peso aterrador de una mirada
Del abatido Príncipe, mezclada
De rabia y de dolor: su luz difunde
Postrera el áureo sol del horizonte,
Y en el piélagos cántabro se hunde.

Tendió su rico y misterioso manto
Del fúlgido carmín, de viola y oro,
Serena tarde, el fúlgido tesoro
Pródiga derramando en la alta cumbre:
Parece el negro monte,
Muralla del purpúreo horizonte,
El borde de un volcán de inmensa lumbre.

En torno del consejo
Esperan los rebeldes campeones,
El arma abandonada en pabellones
Que raudales de luz vierte en reflejo.
Con el parche imitando
Del suspirado tamboril sonoro
El estrépito blando;
Ancha *boina* gentil de grana y oro
Sobre la blanca frente;
Los hijos del Nervión y Deva ricos
Entonan sus zorcicos,
En la yerba acostados muellemente.

El aire más allá hiende la barra;
Recta, sin oscilar, rápida y bronca;
El más robusto brazo de Navarra
La despide a cien pasos rebramando.
Aquella gente indómita y bizarra,

Ancha plaza formando,
Compite en fuerzas con desdén sañudo:
En luengos rizos traen el cabello,
Tostado el pecho, y de temor desnudo.
Cuelga del hombro suelta
Manta de cien colores,
La boina al lado vuelta,
Corta chaqueta y rojos ceñidores.
Más bravos defensores
Contar no puede el déspota ambicioso:
Y con bélico instinto
Sostienen por difícil y penoso,
No por ciega adhesión, a Carlos quinto.

Afable el alavés y cortesano,
En plácido sosiego,
Se embelesa en el juego
Con temeroso afán, de blanda yerba
Tendido en fresca alfombra.

De los erguidos montes parda sombra
Por el profundo valle se extendía,
Y el numeroso ejército acampado
Entre sus densos pliegues envolvía:
Un murmurio confuso y misterioso
Resonaba el rebelde campamento,
Como el Ibero raudo y espumoso,
De altas rocas besando el hondo asiento.
Lago de oscuridad impenetrable
El valle parecía; cien hogueras
De improviso esparcidas relumbraron,
Y rebullendo en torno se mostraron
Soldados mil, aceros y banderas
Con la luz de la llama enrojecidos:
Sonó el ronco tambor, y enmudecieron,
Y al amor de la lumbre se tendieron.
Ni aspiraban allí las auras muertas,
Ni las sutiles hojas se mecían;
Y en el silencio lóbrego se oían
Alternando tristísimas alertas.
Cual sauce funeral, del asta pende
El real estandarte desmayado,
Que ondear en Bilbao necio pretende.

¡Ah! que en profunda calma
Descansa el mundo, y desgarrando el alma

Pasiones mil en el Consejo velan
Reluchando entre sí: bien como cuando
Sopla huracán violento,
Se azotan las palmeras, retemblando
Del monte el ancho asiento;
Sacuden con furor la erguida pompa;
Hasta que al choque bárbaro se rompa.

A tanta agitación helado espanto
Sigue; retumban pavorosos truenos;
El pavimento umbrío se estremece;
Desgájase la cóncava techumbre,
Y en nube como el ébano aparece
Fatídica Deidad, del alto trono
Vertiendo triste lumbre.
Centellean sus ojos,
Cual los del tigre rojos;
Pañal sangriento, agudo,
Su diestra empuña, y cuelgan cien cadenas
Desde su brazo lívido y desnudo.
Férreo cetro la siniestra mano
Sostener puede apenas.

«Débil monarca», dijo en firme acento,
«El Despotismo soy: desde el oriente,
Donde la sangre en humeante nube
Hasta mi trono sube,
Y mi pecho regala y alborozaba;
Vi tu espléndido ensueño:
En delirio magnífico y risueño
Preparabas al triunfo la carroza
Que la vencida Libertad rastraba
Sobre las ruinas de Bilbao; las manos
Atadas de sus fuertes ciudadanos:
Y una voz se elevaba, y vacilaste,
Desesperando luego:
¿Y tu inflexible voluntad ya ciego
Rindes a la opinión? Déspota imbecil,
¿Te amedrantó la sangre! ¿No es la sangre
El sabroso licor de los tiranos?
Tu sed de dominar sáciese, y junto,
Afírmese mi trono en occidente.
Los que libres se aclaman hoy ufanos
Estas cadenas besen: cual torrente
Corra hirviendo su sangre!... ¡Desgraciado,
Si su altivez no abates, su insolencia

En esos flacos muros! ¡si triunfante,
Sobre sus ruinas tu pendón no mece
Mi soplo aterrador! ¡Ay, si un guerrero
En Luchana aparece,
De libertad espléndido lucero!

«Su velo impenetrable
Ante mis ojos levantó el destino;
Temblando vi su libro diamantino,
Y escrito en él, cual fúlgida centella,
De Luchana, Vergara y de Morella
Los espantosos nombres,
Y estas palabras devoré con saña:
La suerte de Bilbao es la de España»

Dijo, y desapareció: lanzó el tirano
Agudo grito, y los nublados ojos
Escondió tras su mano,
Y mudo, y yerto se postró de hinojos,
¡Luchana! repetía
Aterrado: *¡Luchana!* en voz sombría:
¡Luchana! en sus oídos
Zumbaba el eco lúgubre y profundo,
Cual la trompeta horrísona del ángel
Sobre la tumba universal del mundo.

CANTO II

Bilbao

Como el león del ancho anfiteatro
Tendido espera en la sangrienta arena,
De vencidos cadáveres sembrada,
Al nuevo luchador; quieta y serena,
Así Bilbao a su tenaz contrario,
Mansamente adormida
Sobre palmas, coronas y trofeos,
De valor y constancia apercebida.

Dos veces, dos con temerario arrojo
Su furor los rebeldes provocaron,
Y con tremendo enojo,
Cruenta diestra alzaron

Dos veces los guerreros de la Patria,
Y su orgullo insensato quebrantaron.

¿Quién ora audaz intenta
Despertarla otra vez? Al fuerte muro
¿Quién se atreve a tocar? ¡Oh! ¡Como es duro
Escarmentar a la ambición sedienta!
Miradlos entre nube polvorosa
De Archanda coronar la calva cumbre.
El acero inclemente
Roba la grata lumbre
Al horno esplendoroso del Oriente:
Auméntase la armada muchedumbre,
Y serpea el reflejo, y se dilata,
Cual hinchado torrente
De vívido raudal y olas de plata.

¡Ay, que con bronco estruendo
El carro atronador sube, arrastrando
El bronce airado; y con maligna saña
Siéntase en él la muerte, amenazando
La impávida Bilbao; sobre sus muros
Tres veces ¡ay! blandiendo la guadaña!

Arde la Villa en bélico alborozo
Al verlos, y los ecos de la trompa,
Que al defensor adormecido llaman,
Por las calles y plazas se derraman.
Cual, de esposa gentil férvido abrazo
Al oírlos suspende;
Y cual del blando, maternal regazo,
Para ceñir la espada se desprende.
Despierta del estático embeleso
Aquel, y de un ensueño de delicias;
Y esquiva el otro el encendido beso,
Y del tálamo ardiente las caricias.

¿Tan estériles son vuestros gemidos?
¿Tan frías vuestras lágrimas copiosas?
¿Tan poco seductor es vuestro acento,
Vírgenes de Bilbao? Rasgad el viento
Con doloridos ayes; tierna esposa,
Clama, sí, clama: el pecho enamorado,
Que tan ferviente un día
Su pasión te decía,
¡Ah! no es de mármol, no: muéstrale el fruto

De su amor inocente:
Dile si en llanto, en abandono y luto,
Puede hundirte ¡cruel! eternamente,
Vacilará; las maldecidas armas
Lanzará, de horror lleno,
Lejos de sí; y en tu adorado seno
Al hijo estrechará... ¡Jamás tu frente,
Heroica Bilbao, ante la Patria
Alzarás con rubor! ¡Tu pecho encierra
Mayor sublimidad; valor inmenso,
Que a los siervos y déspotas aterra!

Allí veo tus vírgenes hermosas
A su amante ceñir la espada fuerte,
Mostrándoles la senda de la muerte,
O de victoria y Libertad gloriosas.
¡Cual inflaman los trémulos ancianos
El pecho de sus hijos!
«¡Ah! ¡Nunca transigir con los tiranos!
¡O muerte, o libertad!» dicen briosos.
«¡Lo juramos! « responden animosos,
Y a los muros se arrojan impacientes
Del viento de entusiasmo arrebatados,
Entre cánticos mil de hirvientes coros;
Bien como al circo los bramantes toros,
De aclamadora turba celebrados.
Coronada está ya la erguida almena
De cien vívidos pechos donde late
Ávido el corazón de fama y gloria,
Anhelando el momento del combate.

¡Íncultos de Bilbao, todo es en vano!
Os detestan y os tiemblan,
Como al Genio del mal: pérfida astucia
A vuestro esfuerzo incontrastable oponen.
El castillejo mísero y lejano
Bajo las plantas sofocar disponen
De innumerable ejército: su rabia
Allí dirigen ¡ay! con vano alarde,
Temiendo el brazo de Bilbao. Cual lobo
Famélico y cobarde,
Acecha tras del risco
A la tímida oveja descarriada,
Y lejos la devora del aprisco;
Así la infanda turba encarnizada
Arruinó los endebles torreones,

Que separados del materno seno,
Sosteníanse apenas. ¡Oh, qué mengua!
¡El arena cubrir bajo las plantas
De aguerridas legiones
Reventar atronando cien cañones
De un puñado en redor, sin más auxilio
Que su esfuerzo y valor desesperado!

¿Y quién, quién es osado
A ofrecerles la bárbara cadena,
Cuando pueden morir? ¿Cuando sañuda
pueden alzar la diestra vengadora?
«¿Quién vacila, quién duda
Entre inhumana esclavitud o muerte?»

Así dicen airados
De San Mamed los bravos defensores
Sobre escombros de muros destrozados;
Y cada cual se lanza,
Con la furia del rayo a la venganza.
Fuego y sangre vertiendo por los ojos,
Mézclanse por las haces, desordenan
Las belígeras masas, sus aceros
Mil veces se levantan humeando,
Y se hunden otras mil en las entrañas
De inflexibles guerreros,
Que de vergüenza y cólera temblando,
Revuélcanse en el polvo enrojecido,
Y con rabia espumosa,
Con vista amenazante al cielo miran,
Maldiciendo al tirano fermentido,
Que los inmola sin piedad... y expiran.

Mas; ¿do van ya los héroes furiosos?
¿Cómo no brilla su tremenda espada
Sobre los hijos del error? Cayeron:
Cayeron ¡ay! sangrientos y sudosos,
Hartos de ajena muerte, por cien bocas
Brotando noble sangre perecieron,
Cuando la mano desmayada y fría
A su bélico ardor no obedecía.

¡Ah!, ¡miradlos tendidos sobre montes
De enemigos cadáveres; sus labios,
Aún yertos, me figuro sonriendo,
De patria el dulce nombre

Con ansia repitiendo!
¡Ah! No. ¡Fuese verdad! ¡Aún no pisara
De San Mamed las ruinas
El sitiador, ni su altanera frente
Con vergonzoso lauro engalanara!

¡Baldón y vilipendio de la historia
Al vil conquistador de árido escombros!
¡Mezquina, vive Dios, infanda gloria!
Si el fuerte defensor que fue su asombro
Por dicha aún alentara,
¿Cuándo ¡infeliz! el himno de victoria
Desvanecido el vándalo cantara?

Ufano su caudillo
Del inmérito triunfo ignominioso,
Esgrimiendo fulmíneo cuchillo,
Sus huestes arrogante recorría
Montado en su bridón fuerte y brioso,
Y con robusta voz alborozada:
«Venid, hijos, decía,
Que ya vibra en su diestra omnipotente
El justo Dios la vengadora espada,
Y abate la impiedad su torva frente.

«Tended la vista a la ciudad fastosa
Ceñida de muralla formidable,
En su necia soberbia presuntuosa
La mísera se juzga inexpugnable.
Aún sus torres magníficas ostentan
Trofeos mil que nuestro pecho irritan;
En sangre reteñidos nos afrentan,
Y: ¡venganza! sin fin: ¡venganza! gritan.

«¡Venganza sí! ni tregua, ni sosiego
En nuestra armada mano:
Ni paz hasta abatir su orgullo insano.
Arda en el pecho el iracundo fuego;
Y... ni piedad, ni compasión: el día
Llegó del exterminio, ¡a muerte y saco!
Hartémonos por siempre en sangre impía.»

Dijo: airadas las huestes,
Odio feroz, venganza respirando,
A la villa impertérrita caminan
Al déspota ambicioso proclamando.

Sintió el río la ruda muchedumbre
Y en su trémula espalda la cadena
Rugir, y sacudiendo
El yugo que a la infancia le condena,
Embravecido, de furor hirviendo
Lo muerde y baña con rabiosa espuma,
Como el león el hierro que le abrumba.
Vuelve en torno los ojos centellantes,
De cólera temblando
Al ver a sus contrarios arrogantes:
Levántase y agita sus cabellos
De laurel circundados y espadaña,
Y con voz retemblante, atronadora:

«¡Miserables, gritó, tendéis en vano
La cadena opresora!
¡Nunca Bilbao sucumbirá al tirano!
¡Guay! si en Luchana el Adalid se muestra,
Irresistible, aterrador: su diestra
Espantadora empuñará el acero:
Sus ojos irritados
Os sorberán, cual vértigo, hacinados.
¡Guay!, ¡si asoma Espartero!
Donde nació la lucha fratricida,
Escrito está en los hados,
Allí será su tumba aborrecida.

Dijo, y lanzó un bramido tremebundo:
Pirene conmovió su eterno asiento,
Y el Nervión se ocultó bajo el profundo.
Y el vándalo tenaz, que ardiendo en ira
La impávida ciudad amenazaba,
Con temerosa planta se retira,
Cercado el corazón de frío espanto.
Así el dintel traspasa en negra noche,
Con siniestra intención, del templo santo
El profano sacrílego, y divisa
Un espectro sombrío, amenazante,
Que en las augustas bóvedas ostenta
Ojos de llama y lívido semblante,
Y con azote crujidor le ahuyenta.

Tendió la noche alfombra primorosa
De zafiro y brillantes recamada,
Y la luna con planta majestuosa
Hollaba su magnífica morada.

Absorto y mudo el universo vía
De la nocturna reina la grandeza,
Que derramaba en pródiga riqueza
Aljófares y lumbre y armonía.
Sobre el medroso muro
Duerme su defensor; y en albo ensueño,
Genio fugaz, aéreo, risueño,
Corona su alma sien, y entre lo oscuro
Se pierde: en tanto vela
Con segura pupila el centinela,
Y su acento se oía,
Que el silencio augustísimo rompía.

Mas, ¿qué súbito estruendo,
El eco ensordeciendo,
De las montañas hórrido retumba?
¿Qué diluvio de fuego fragoroso
Inunda la ciudad? ¿Será que el cielo
Tornarte quiera cineraria tumba,
Angustiada Bilbao? Mira partirse
El ancho firmamento
En surcos mil de fulgurante llama,
Cual la espantosa crin de los cometas:
Oye, ¡cuán ronco brama
El cielo en su furor! ¡Cuán aterrado
El mundo retembló de polo a polo!
¡Ay triste! al cielo sólo
Sucumbirás; los débiles mortales
Jamás pudieran domeñar tu frente:
Admirarte y callar érales dado:
¿Pero vencerte?... ¡a brazo omnipotente!

¿Y el Dios de mansedumbre
Contigo tal rigor, tanta crudeza?
¿Ya no manan sus labios dulcedumbre?
¿No somos libres, ¡ay! no son criados
los hombres a su imagen y grandeza?

¡Ellos son, ellos son! Desesperados,
Cobardes y rabiosos,
Con máquina infernal que el miedo inventa,
La humanidad escarnecida hollando,
Hundir pretenden el valiente pueblo,
Que vencedor, altivo se presenta,
Esclavos y tiranos baldonando.

¡Ay!, que truena el cañón, y pavorosa,
Rasgando el aire con silbido horrendo
La bomba cae; revienta desastrosa
Magníficos alcázares rompiendo;
Lanza pesados mármoles; los techos
Al cielo suben; arcos y columnas
Desplómanse deshechos,
Sepultando a la virgen aterrada,
En brazos de su madre abandonada.
El estruendo se aumenta; enciende el viento
Otra bomba, otras mil, y bambolea
La atónita ciudad desde el cimiento;
Y roja y atezada en torno humea.
Sube fragosa llama
Por cien torres altísimas, y ciento
Tras redoblado estruendo desaparecen.
Y voraz se derrama
Los palacios y templos devorando;
Donde en heladas lágrimas bañando
Ancianos mil sus canas temblorosas,
Piedad al cielo en vano demandaban;
Y la muerte tranquilos esperaban,
Abatida la faz contra las losas.

No de otra suerte con furor tremendo
Vesubio sacudió su hendida frente,
La luz del firmamento oscureciendo
Con sulfúreos negros torbellinos;
Del hondo seno vomitando ardiente
Cien rocas abrasadas,
Y torrentes de lava que inundaron
A Herculano y Pompeya amedrantadas.

¿Dónde afirmar la temerosa planta...?
¿En dónde hallar asilo
Para el niño infeliz?... Progenie cruda,
¿Ni su inocencia cándida le escuda?
¿Ni la belleza detener el filo
De tu venganza puede?
¡Ay! su rigor no cede
Con suspiros ni lágrimas. ¿En dónde
La madre sin ventura
Al hijo tierno esconde?
¡El solitario hogar, ya vacilante,
Será tal vez su eterna sepultura!
«¡Huyamos!» dice, y salta estremecida

Entre escombros y siniestros resplandores,
Pálida, desceñida,
Desgreñado el cabello
Por el desnudo cuello.
¡Ay! la prenda infeliz de sus amores
Cual besa contra el seno, ¡cual estrecha
Con sus desnudos apretados brazos,
Que muralla de bronce se figura!
Huye de tanto horror por la ancha calle,
Y súbito se enciende
Con nuevo resplandor el impío cielo;
Y una bomba mugiendo se desprende
A los pies de la madre horrorizada;
Y lanza un grito, y cae desplomada.
Se mece en tanto la preñada bomba
En el suelo espantado: colorea
Cuanto va a destrozar, y centellea
Hasta los cielos, cual ardiente tromba;
Y revienta con hórrido estallido,
Y... ¿dónde, pobre madre, a dónde has ido?

Así el anciano yerto fenecía,
Así la virgen y el guerrero fuerte;
Y con gozo infernal la hambrienta muerte
Sus descarnadas fauces conmovía.
¡Al borde ya de la insondable tumba,
Viéraslos sonreír! gritar, ardiendo
El generoso pecho en patriotismo:
«¡Bilbao y Libertad!» y repitiendo
Tan sabroso clamor, de las almenas
Inflamar el cañón, y en el abismo
Las falanges hundir de espanto llenas.

Las doncellas, que tímidas un tiempo
Su angélica belleza recataban,
Por entre el plomo silbador corrían
Y al guerrero expirante consolaban;
Que en el plácido sueño de una muerte
Tranquila y sin temor, tal vez creía
Que el ángel de la Patria
Le guiaba triunfante
Al alto Olimpo, en nube fulgurante.

¡Divina Libertad, bendita seas!
¿Quién tiene, quién tu inmenso poderío?
¿Quién tu mágico fuego,

Engendrador de la virtud, del brío?
A tu soplo vivífico levanta
Su frente el heroísmo esplendoroso,
Y en pos va de tus huellas,
Como en torno del sol raudas estrellas.
¡Gloria al Genio sublime y poderoso
Que se elevó del polvo, y aterrando
A los tiranos, pronunció tu nombre,
De sus cadenas rescatando al hombre!
En Iberia sonó: los hondos huecos
De Pirene y de Calpe retumbaron:
¡Libertad! ¡Libertad! y tantos ecos
Al rudo despotismo amedrantaron.
¿Qué sirve ya, que la segur esgrima
En torno de Bilbao? ¿Qué vierta saña
En un rincón de la anchurosa España?
Si altivo y libre espíritu te anima,
¿Quién dobla tu cerviz y la maltrata,
Indómita Bilbao? ¿Quién arrebató
Tu libertad, tu paladión divino,
Que llevas a la lid sobre los hombros?
¿Será el ufano sitiador que el muro
Trocó en negros escombros,
Al redoblado horrísono estampido
Del bronce destructor, enfurecido?

¡Ay! míralo venir, como un torrente,
Que la selva atronando,
Desde las altas rocas se derrumba.
Flamíferas antorchas empuñando,
Mortíferos aceros,
Se acercan mil guerreros,
Con gritos insultantes desdeñando
La mezquina victoria
Que Bilbao les ofrece; derruida,
Yerma de combatientes y abatida.

Como el león, que en la abrasante arena
Al rigor sucumbió de cien combates,
Tiende en las garras su gentil melena,
Anegado en su sangre y moribundo;
Las fieras mismas que al mirarle huían,
Y a su quieto alentar se estremecían,
Insultan ora su dolor profundo:
Y aun alguna que fuera
Un tiempo su rival, salva en la fuga,

Su fin cercano pérfida acelera.
¿Se humillará en indigno sufrimiento
El terror del desierto enmudecido
De su tremenda cólera en el día?
¡Nunca! ¡Mirad su rostro macilento
Cuál arde enfurecido!
¡Cual inquieto resuella,
Y la melena eriza,
Y el ultrajado pecho se electriza!
Y se levanta, ruge, y desaparecen;
Y tras ellos se lanza,
Cebándose en horrores y matanza.
Así, Bilbao, del afligido seno
Olvidando el dolor, airada corre,
Donde su brazo y su pujanza borre
La mal sufrida y castigada afrenta.

¡Oh! Dejadla; veréis cómo escarmienta
Esa arrogancia insana,
Y la rabia impotente
Del bárbaro enemigo combatiente.
Ya la muralla trepan,
Que allá en San Agustín fue desplomada
Del bronce a la explosión consternadora.
Retumba el alarido
Del combate señal, más espantoso
Que el hórrido rugido
De cien tigres sedientos,
Del árido desierto en los tormentos.

Confúndense los bravos campeones:
Los libres circundados
De cien brazos membrudos,
Que con hierros agudos
Se arrojan a su pecho encarnizados;
Revuélvense, cual vértigo sañoso,
Y esgrimen rojo acero,
Cabezas mil con ímpetu humillando,
Como desgaja el rayo el cedro añoso.
¿Qué sirve allí la corpulenta lanza,
El fino casco de templado acero,
En que libráis la mísera esperanza
De ser dichosas, vírgenes de Ibero?
Blanden potentes fúlgidas cuchillas
Los hijos de Bilbao, y al rauda tajo
Salta la pica trémula en astillas,

Y casco y frente junto
Del hombro colosal ruedan abajo.
¡Oh! Ved la osada muerte
Sutil calarse por la herida al punto,
Y el ígneo semblante
Amarillo tornar, helado, inerte.

Calma espantosa a la tormenta sigue:
Sobre el arma en terrífico reposo
Descansa victorioso,
El libre campeón; en torno mira:
No hay un contrario en pie, nadie respira.
Las rasgadas entrañas palpitantes
Bullen aún tendidas por el suelo,
Y la sangre en vapores humeantes
Formando rojas nubes llega al cielo.

¿Mas qué nuevas legiones ora inundan
El combatido fuerte?
El rebelde Adalid vio con espanto
El valor de Bilbao: la misteriosa
Aparición recuerda y palidece:
De furor y despecho acerbo llanto
Roba a su audaz pupila
La luz, y calma el congojado seno,
Cual úlcera el dolor, cuando el veneno
Entre la sangre pútrida destila.
Y su vergüenza en cólera tornando,
A los suyos incita a la venganza,
Su desmayado espíritu animando.

«Si cien y cien campeones
De oprobio en la muralla se cubrieron,
Mil y mil vencerán: su aguda lanza
Se embriagará con sangre» El ancha boca
Del caído torreón cubre su gente
Con brazo armado y furibunda frente.
Seguro de venganza, aquél provoca
De los libres la ira:
El uno les insulta y amenaza,
Soberbio el otro y con desdén les mira.
Los héroes impávidos sonríen:
Se lanzan al combate,
Y estréllanse furiosas oleadas
Que su incansable diestra al punto abate,
Por más que otras sucedan y se empujen

Anhelando llegar ¡Oh! ¡Cómo rugen
En torno de los héroes! En vano,
En vano es tu constancia, invicta Flavia
Infatigables son, osados, rudos
Cual las ondas del férvido Océano.
¡Piedad, piedad, gran Dios! Sí tus furores
Exigen una víctima inocente,
No sea el combatiente
Que aquí de lauros se miró cercado...
¡Digno era de vivir eternamente
De la Patria en el seno acariciado!

Vivirá; vivirá, que ya le inspira
El Genio de Numancia,
Que su antorcha agitando
En derredor de la gloriosa pira,
La indómita ciudad miró abrasarse,
Caer del Capitolio la arrogancia;
Y a la luz de la hoguera triunfadora
La gloria de cien pueblos eclipsarse.
Así en San Agustín bramando sube
Por claros y ventanas destructora
Llama deslumbradora
Con candente fragor: enormes vigas
Ardiendo caen y el marmóreo techo
Desplómase, las turbas enemigas
Sorbiendo en hondas tumbas,
Ascuas y cenizas retemblantes hecho.
La niebla del temor intensa y fría
Cobija a la salvada muchedumbre;
Y del incendio a la purpúrea lumbre
Mudo su rostro y pálido se vía,
¡Libertad y Bilbao! entonces claman
Los héroes hirviendo:
¡Bilbao! los ecos plácidos reclaman,
Y con mengua los vándalos huyendo
Se atropellan, se pisan y encaraman:
¡Bilbao! despavoridos repitiendo.

CANTO III

Espartero

Eres, Flavia, ¡ay dolor! la que te erguías
Con soberbios alcázares ufana,
Y espléndida, gentil, rica y galana,
En el límpido Nerva te veías?
El balsámico aroma de los valles
Con mágico deleite te embriagaba;
Y el tamboril armónico sonaba
Por tus amenas calles,
Y en patriarcales danzas te agitaba.
¡Ay! ¿Eres tú, Bilbao?... ¡Impía suerte!
¡Con lauros y guirnaldas inmortales
Cubre el sangriento y destrozado seno!
¡Mísera! cual sonrío ante la muerte,
¡Circundada de rayos celestiales!
Desconsolada, herida,
Con gloriosas victorias consumida,
Su mórbido semblante palidece
Y el brillo de sus párpados acrece.

¡O triste! Abandonada
Del cielo y de la tierra,
En cruda, eterna guerra
¿Habrás de perecer sin ser vencida?
¿Del vándalo brutal serán despojos
tus galas y tus vírgenes hermosas?
¿Nadie te tiende salvadora mano?
¿Nadie?... Levanta los ardientes ojos;
Mira al confín del cántabro horizonte
Tremolar un pendón, que el viento insano
Azota y desarrolla: mira en torno
Mil aceros brillar: escucha el eco
Del agudo clarín: oye el relincho
Del fogoso bridón, que inquieto bate
El duro casco, resonante y hueco.
Arde en sed de combate
El nuevo campeón; el arma agita
Temblando de impaciencia, y canta, y grita...
¡Ay!... ¡escucha, Bilbao!... ¿No te enardece
El himno y te enajena?
¡Libertad! ¡Isabel! ¡Bilbao! resuena.
¡Ellos son, tus hermanos!
Benigno, bondadoso
El Señor te miró; pueblo dichoso,
Tu nombre es el baldón de los tiranos.

Mira, mira al magnánimo caudillo

Tendiéndote los brazos anhelante,
Cual madre desalada
Que de lejos divisa al hijo ausente;
Y volviendo a sus tropas el semblante:
«¡Allí!» les dice en lágrimas deshecho;
«¡Hijos, allí!» repite: el lloro hirviente
Su voz ahoga en el ansiado pecho.

¿Quién es el hombre audaz, quién el gigante
Que tantas huestes arrollar pretende
Sin contarlas? ¿Quién es? Al Despotismo
Hoy hace rechinar; en ira enciende,
Y del cóncavo abismo
Los pavorosos ángulos retiemblan.
¿Quién le infunde temor? ¿Quién su memoria
Con fantasmas terríficos agita?
Es ¡oh Dios! Espartero,
El hijo predilecto de Victoria,
El rayo de los déspotas! Dejadle:
Ya desnudó su tremebundo acero
Que nunca infiel olvidará su mano,
Mientras la torva frente
En Iberia levante cruel tirano.

¿Qué sirve al monstruo las horrendas furias
Descadenar? ¿Que contra el noble intento
Del caudillo valiente las incite?
¿Que viperina cabellera agite
En medio de la tropa amedrantada
Y la infunda terrífico su aliento?
¿Quién del nuevo Adalid el ardimiento
Templa, y osa parar su diestra airada?
La imagen de Bilbao ensangrentada
Le anima y le conduce,
Como a Israel de fuego la columna;
Por más que en derredor estalle el bronce,
Y cual granizo espeso el plomo cruce.

Armada muchedumbre de enemigos,
Tras robustas trincheras,
El áspera montaña inaccesible
Guarnecen: ¡ay! asoma en las Banderas
Ancha boca de cañón: tras de Luchana
Un bosque de animosos campeones
El derribado puente
Defienden; impaciente

Mira el rebelde ondear nuestras legiones.
Por enemigas furias desatados
Braman los vientos rígidos, y truena
El cielo retemblándose; la lluvia
Azota con rigor la faz serena
Del belígero fuerte.
¿Quién osa un paso dar?... Estéril muerte,
Horrores esquivando...
¿Por qué no huís, guerreros de la Patria?
¡Huir! ¡Huir, el lauro deshojando
De cien triunfos tejido!
¡Las espléndidas glorias empañando
Que vuestro ídolo han sido!
¡Jamás el libre se hundirá en la afrenta!

¿No visteis serpear ondas tras ondas
Del inquieto Océano,
Inflamadas de tristes resplandores,
Mientras duermen los vientos bramadores
Melancólica tarde en el verano?
Así marchan intrépidas las huestes
Con sublime silencio al puente estrecho,
E impávidas presentan
A los bronce que horrisonos revientan,
Indefenso y tranquilo el libre pecho.
Ni entorpecen su paso majestuoso
Las amigas legiones escogidas,
En exánimes montes convertidas
De sombríos cadáveres; sañoso,
Respirando furor Ulibarrena,
Al frente de los ínclitos que el nombre
Llevan con dignidad de Numantinos,
Y otros de alto renombre,
Al puente aterrador ciego se lanza,
Sediento de venganza.

Enmudece el cañón hondi-tronante:
La escasa y triste luz del firmamento
No roba el plomo ya, surcando el viento
Con silbo zumbador y penetrante.
No porque el bronce calla
Cesa también la lid: dejad que vibre
La encallecida mano el fulminante
Hierro que rasga la ceñida malla.
¡Acero con acero, siervo y libre
A muerte traban singular batalla!

Densa y opaca nube reteñida,
De humo y vapor sangriento,
Encubre a los feroces combatientes.
Crujen de tablas débiles los puentes,
Y vacila su asiento,
Al peso de la grave muchedumbre.
Se oye un rumor confuso
De coléricos gritos sofocados,
De mandobles y tajos: brotan lumbre
Los aceros chocándose empujados,
Y la súbita luz horrible baña
Un rostro furibundo y espumoso,
Que blasfema con saña,
Desfigurado, horrendo y polvoroso.
Al brillo, así, de un rayo que retumba,
Tras seco y ronco trueno en la tormenta;
Se ve el horror de derribada tumba,
Que muerte dentro y podredumbre ostenta.

¡Ay! ¡Cual corre la sangre denegrada,
Del disputado puente rebosando!
¡Y cuántos campeones resbalando
Sepúltanse en el agua enrojecida!
¡Oh qué horror! El guerrero se detiene
Entre tibios cadáveres que huella:
Ya no puede avanzar, brama irritado,
Y se esfuerza, y de víctimas y sangre
Más y más cada vez se ve cercado.

¡Sangre al error y a la ambición vertida!
¡Toda española!... en clamorosa nube
Al trono de Dios sube,
¡Y enfurece su diestra que extendida
Maldiga sin piedad al que primero,
En lucha fratricida
Sacrílego empuñó villano acero!
La execración del huérfano, y el odio
Que la viuda mísera fulmina
A la mano asesina,
De su inmenso dolor en el delirio;
¡Cielos, no sea vano,
El pecho abrumen del feroz tirano!

Mas, ¡ay! éste, sereno,
Impasible se goza

De infames lisonjeros rodeado
Que a su ambición sonríen, en el seno
De los pueblos incautos que destroza.
¡O dolor! y entre tanto
¡Tiñe en sangre inocente
El verde campo su lozana frente,
Su espalda el sacro río con espanto!
Y sus huestes vencidas
Huyen gimiendo al escabroso monte,
Diezmadas, sin honor, despavoridas.
Y más allá del combatido puente
El triunfante adalid «¡Victoria!» exclama
« ¡Victoria y Libertad!» responde ardiente
El hijo de la Patria; y aun es fama
Que al mágico clamor de gozo hirviendo
Nervión ensangrentado:
«Descansa ya, Bilbao», dijo rugiendo:
«¡Apareció en Luchana el deseado!»

Era la noche: horrendos nubarrones
Empujados del viento raudos flotan,
Y la lluvia desprenden a turbiones
Y del campo la faz con rabia azotan.
Sopla bramando el ábrego con saña,
Y se cruza el llover: y turbio crece
El hinchado Nervión, se ensoberbece,
Desbórdase talando la campaña,
Sacude con fragor ondas de espuma,
Y se cubre de bruma,
Y desdeña ser río,
Remedando el furor del mar bravío.
Cual dragón enconado
Silba horrible huracán descadenado
En la erizada sien de la alta sierra;
Y su pompa bizarra
Frenético desgarrá,
Y los robustos árboles aterra,
Que al hondo valle ruedan atronando,
Cadáveres sin cuento magullando.

Aterido el guerrero
En el húmedo suelo reclinaba
En sangre ajena y propia el cuerpo tinto;
Y el macilento rostro sepultaba
En el ardiente pecho,
Vuelto a la lluvia y aquilón deshecho.

Rotas corazas, sables y banderas,
Cadáveres, guerreros moribundos,
Sembrados cubren los vecinos campos;
Con voces penetrantes lastimeras,
Y suspiros profundos,
A compasión excitan,
Y más los cielos rígidos irritan.

¡O qué trance cruel!... Do quier resuena
El ay de muerte helándose en la boca;
Do quier el huracán rugiendo atruena,
Y los gemidos últimos sofoca.
Y sañudo granizo en el semblante
Rebota del guerrero agonizante,
Y cada vez más cruda, embravecida
Rueda la tempestad: frígida nieve
Desciende en remolinos
Y cubre tanto estrago: nadie mueve
Los duros, tiesos brazos mortecinos.
Magnánimo el soldado
Con rabia observa que su mano inerte,
Presa del hielo y muerte,
Alzar no puede el ponderoso acero:
Contra el tibio cadáver enemigo
Se estrecha y busca abrigo;
Con prestado calor su pecho late,
Y anhela conservar un solo aliento,
Para exhalarlo en el primer combate.

Pero ¿qué opaca sombra se desliza
Entre los yertos, míseros soldados,
Cual negro espectro que el cabello eriza?
Se para, y el gemir de los penados
Cesa en aquel momento:
No ya pueblan el viento
Nombres idolatrados
Del hijo, esposo, y del anciano padre;
Ni entre el agudo y bárbaro tormento
El constante galán su hermosa llama:
Libertad, libertad ahora inflama
Su corazón grandioso,
Con más noble entusiasmo y pura llama.
«¡Libertad, Isabel!» la sombra grita
Y el soldado animoso
Tan gratos nombres con fervor aclama;
O tal vez expirante,

El sacro grito oyendo,
Con fríos labios: «Libertad» repite,
Y muere dulcemente sonriendo.

¿Será tal vez un Dios el que conmueve
Así los blandos pechos? ¿Quién se atreve
A despreciar la rígida crudeza
De tormentosa noche?... ¡Él es! Miradle:
El aguerrido, intrépido Espartero
Que su pena olvidando
Consuela al frío, exánime guerrero,
Cual tierna madre, y dice: «Camarada,
Un esfuerzo y Bilbao está salvada».

Al nombre de Bilbao yerto el valiente
Serpear en sus venas fuego siente,
Y se levanta audaz, y al labio aplica
El clarín animoso;
Y sobre el ala de aquilón sañoso
Rueda su agudo son, y vivifica
Los enervados brazos,
Rompe del hielo los inmóviles lazos,
Y el eco lo derrama y multiplica.
Mil bravos más lo oyeron,
Y sus manos heladas
Al fervoroso pecho obedecieron;
Y el fusil requiriendo o las espadas,
Al Adalid intrépidos siguieron.

También en noble llama fieles arden
Los hijos de Albión y de Neptuno.
No receléis que en desplegar retarden
Su valor generoso y oportuno.
Bajo las alas del nadante pino
Cobijan al guerrero de Castilla,
Helado y mortecino;
Y certeros también de la alta quilla
La muerte esparcen al feroz carlino.
A la sombra del brazo de Bretaña
Los libres, de tinieblas rodeados,
Impertérritos trepan la montaña
Do lanzan sin cesar atrincherados
Luto y desolación los enemigos.

Tras del noble estandarte que tremola
El ínclito guerrero

De Libertad indómita, española;
Coronan vencedores
La formidable cumbre.
Huyen sus impotentes defensores
En revuelta y confusa muchedumbre,
Las mal usadas armas arrojando:
Y los libres tras ellos fulminando
La temerosa grey raudos desatan,
Acosan, atropellan, hieren, matan,
Hasta que humilde compasión implora
Hundiendo entre los hombros la cabeza
Del brazo aterrador a la fiereza,
Y su cólera enfrena destructora.

¡Victoria y salvación! Al cielo plugo
Consolarte, Bilbao!... Alza tu frente:
¿Ves acaso en redor solo un verdugo?
¿Dónde sus rayos van? ¡O gozo hirviente
Que embalsamas el ánimo extasiada!
Yo me inundo en su mágico torrente.
Mi mente arrebatada
En las alas de númenes gigantes
Al Olimpo ascendió! ¡Oh! ¡Qué hermosura!
Mil globos rutilantes
Vuelan bajo mis pies: la edad futura
No es a mis ojos lóbrega, insondable,
Como a débil mortal y miserable.
Llegad, oíd, grabando en la memoria
Mi canto celestial. ¡Júbilo y gloria!
Eternas horas correrán dichosas
Sobre la madre España
Sin hierros, sin cadenas afrentosas.
Un mar de sangre brotará Pirene,
Velándose de horror y oscuras nieblas;
Pero ese mar un grito lo detiene,
Sólo una voz ahuyenta las tinieblas.
Ufano mecerá su augusta copa
El árbol de Guernica venerable
Si cobija su sombra al león de Europa,
Que vela en torno suyo formidable.
Y ¡guay! si mano pérfida y extraña
¡la acariciase aleve!
Que rugirá con saña,
Y... ¿quién la vista a levantar se atreve?

¡Oh! ¡Salve, Patria! en tu gozoso llanto

Hoy recuerdas magníficos los días
En que fuiste el espanto
De la invencible Roma,
Del Galo y de las lunas de Mahoma;
En Numancia, en Pavía, y en Lepanto.
Aún hierve de los Cides y Guzmanes
La sangre valerosa, esclarecida:
Hierva, oh Patria, en tus bravos capitanes,
Y hierve en tus soldados esparcida.
Cual fulgurante sol de la mañana,
Gozosa frente asomas desde el cielo
Por contemplar con júbilo y consuelo
A tus ínclitos hijos de Luchana.

¡Salud, héroes, salud! Libre respira
La angustiada Bilbao; sus combatientes,
Con generoso brazo,
Desciñen de su sien lauros fulgentes
Para ornar vuestras frentes,
Y os abren tierno abrazo.
Himnos cantan de triunfo enardecidos,
Por raudales de llanto interrumpidos.
Llegad, las puertas de Bilbao crujieron,
Y a vuestro esfuerzo heroico se abrieron.

Llegaron, sí, llegaron
Circundados de aureolas de gloria:
Nunca los cielos ínclita victoria
Al sufrimiento y al valor negaron.